

CAPITULO II.

Sobre la semejanza ú desemejanza de los hijos á sus padres.

Luego que el infante ve la luz pública, llama á sí la atención y curiosidad de sus Padres para observar su figura y facciones. Si el infante es monstruoso (como tal vez sucede), su vista los llena de horror y espanto. El niño monstruoso se mira como efecto espúrio de la naturaleza que le desecha; su sér se atribuye en buena Física á la rara y desordenada combinacion de accidentes; y en la vulgar opinion, á causas superiores á la naturaleza, que violentando las leyes de ésta, sellan con la monstruosidad una pública afrenta de la familia, ó la anuncian algun fin desastrado; por lo que si los padres en el niño no descubren las señales exteriores, que distinguen de los animales á los individuos del linage humano, lexos de reconocerle por hechura suya le miran como á monstruo infausto, y enemigo exterminador del honor, y aun tambien de la existencia de la familia. Por esto tal vez se ha visto que los padres naturales han llegado á ser infames verdugos de sus hijos monstruosos; como sucedió en Cerbera de Cataluña el año de 1343. en que (como refiere Covarrubias en su tesoro de la lengua Española en la palabra *monstruo*) nació un niño con dos cabezas, y quatro pies; y luego los padres y los que estaban presentes al parto creyendo supersticiosamente que este niño monstruoso pronosticaba algun mal, que se evitara con su muerte, le enterraron vivo. En tiempo del Emperador Constancio nació un infante con dos bocas y con quatro ojos; y se creyó, como nota Amia-

no

no Márcelino (1), funesto pronóstico de la mudanza del Imperio, porque no se purgó con sacrificios este raro fenómeno. Por el contrario, si el infante nace perfecto, sus padres gozosos se encantan observándole, y ofuscandose su vista con la fantasía se llenan de regocijo al figurarse ú descubrir en él alguna señal, que le márque y decláre semejante á los que le dieron el sér, ó á sus ascendientes.

Los padres desean tener hijos é hijas semejantes; porque cada hombre segun la innata opinion, que proviene de la ignorancia y del error propio, se cree mejor que los demás hombres; y no le desagradan en el que cree ser su imágen aquellos defectos físicos y visibles, que no quisiera tener en sí. En esto obran con miras iguales el amor propio y la naturaleza; pues ésta pertende hacer siempre semejantes los efectos á sus causas. En esta proposicion yo he insinuado el *por qué* físico de la semejanza de los hijos á sus padres ó á sus ascendientes. La verdad de la proposicion se declarará, si analizamos el obrar simple de la naturaleza. En ésta hay hombres y animales, que componen las dos clases que en general podemos llamar engendradoras. La especie no engendra; engendra solamente cada individuo de ella; y los individuos de cada especie, aunque convienen en lo que caracteriza á cada especie en particular, es indubitable que ellos en la misma especie se diferencian por ciertas señales externas, que siendo accidentales á la misma especie, son necesarias para la distincion sensible de los individuos de ella. Así en el principio del mundo apareció la especie humana en dos individuos, que

(1) Gerónimo Cardano: *De rerum varietate*. Basilea, 1681. lib. 15. c. 77. p. 942.

T

que solamente se diferenciaban en el sexò, y en algunos accidentes de la figura.

En esta suposicion cierta, yo pienso así: Cada individuo de la especie humana (y de qualquiera otra especie) en la generacion obra físicamente segun el fin de la especie, y de sí mismo; pues que obra una determinada naturaleza; y ésta en todas sus producciones pretende lograr la continuacion idéntica de sus causas. Por esto si la naturaleza en la generacion humana obrára invariable é inalterable, ó con fuerza superior á la de los accidentes físicos, todos los hombres serían semejantes á sus padres, y lo serían entre sí; así como lo son las espigas que nacen de un mismo grano; y porque todos los hombres descienden de uno solo, que fue Adán, todos hasta el día de hoy conservarían la figura de su comun y primer padre. Este discurso en buena física sería legítimo, si Adán hubiera sido hermafrodita (como dicen los Talmudistas); y él solo pudiera haber sido padre y madre del linage humano, teniendo aquella virtud de engendrar y parir, que á varios hermafroditas han concedido no pocos Autores hasta el siglo pasado. Despreciando, pues, estas fábulas como á un desecho de la ignorancia de la física, debemos considerar los principios del linage humano en dos individuos que fueron varon y hembra, unos en la especie, y algo diferentes en la figura corporal. Tenemos dos causas de la generacion de cada individuo humano; y cada una de ellas debió intentar ciertamente la semejanza en sus producciones. Por tanto ninguna de éstas debía ser totalmente semejante á ninguna de las dos causas en particular; mas debía tener alguna cosa de cada una de ellas. Buscamos comunmente en los rostros la semejanza de los hijos á sus padres; y como la fisonomía comprehende muchas facciones, la combinacion vária de éstas en las dos causas, puede y debe

ne-

necesariamente producir diferentes efectos. Segun este discurso natural, Adán y Eva debieron trasladar con la generacion á sus hijos el complexo de sus facciones ó fisonomías; y este complexo debió ser tan vario, quanto vária es la combinacion de las partes que formaban las fisonomías de los dos; y así, los hijos en parte serían semejantes á Adán, y en parte á Eva; y probablemente deberían ser mas semejantes entre sí, que á sus padres. Pasemos á los nietos de Adán: Cada uno de estos, segun el obrar simple de la naturaleza, debía aparecer con un complexo de las fisonomías respectivas de su padre y madre; y por esto los nietos de Adán y Eva se parecerían á estos, menos que sus hijos. Los biznietos por la misma razon se parecerían menos á Adán y Eva que sus nietos; y en esta conformidad los demás descendientes (segun principios de física) deberán parecerse tanto menos á los primeros padres del linage humano, quanto mas va creciendo el número de generaciones humanas. En esta breve reflexion hemos llegado á tocar el verdadero principio físico, en que se funda la variedad de fisonomías entre los Hombres; la qual variedad es efecto necesario de la naturaleza, aunque su obrar se supusiera inalterable por la vária combinacion de accidentes.

Reduciendo el discurso á la duda propuesta, deberémos inferir de él, que aunque segun el órden natural las fisonomías humanas deben variar á proporcion que crece el número de generaciones; mas segun el mismo órden, los hijos se deben parecer á sus padres; y la semejanza debe consistir, en que cada hijo en su fisonomía represente un complexo de las facciones de sus padres. Esta consecuencia sería cierta, quando en todas las generaciones la naturaleza obráse del mismo modo, sin alteracion alguna, y con un mismo perfecto equilibrio. Mas este equi-

T 2

li-

librio no se da en ningun viviente sensible, ni aun en los vegetables. En estos la variedad de climas y terrenos, hace que sean muy varios sus frutos. En los animales el clima, los alimentos, las diversas edades, la vária robustéz y sanidad, y otros accidentes corporales, hacen que sus fetos aparezcan con notable diversidad. La naturaleza humana, demás de estos accidentes que en ella hacen mas impresion que en los vegetables y animales, está sujeta al tirano influxo de las desordenadas pasiones del ánimo que la inquietan, combaten y disturban aun en aquellos casos en que el alma (poniendo freno á la concupiscencia) la reprime y sujeta. Todos estos accidentes corporales y mentales influyen en el obrar físico de la naturaleza humana; la qual tal vez se ve rodeada de tantos impedimentos contrarios é invencibles; que llega á producir efectos verdaderamente monstruosos, y que parecen de especie diferentísima de la humana. La rara combinacion de las muchas y várias circunstancias que suelen concurrir en la generacion humana, y ciertamente faltan en la de los animales, es en mi sentir la verdadera causa de verse algunos fetos humanos mas monstruosos que los fetos de los animales. Y esta razon descubre una de las principales causas de los monstruos humanos, de que se hablará despues.

Mas aunque la rara combinacion de accidentes, hace que los hijos sean tal vez monstruosos, y muchas veces poco ó nada se parezcan á sus padres, todavia no faltan casos en que la semejanza de no pocos hijos á sus padres, pruebe que la generacion se efectuó segun el obrar simple de la naturaleza. Segun éste, los hijos deben ser mas semejantes entre sí, que á sus padres; y si no me engaña el entusiasmo de verificar con la experiencia mi modo de pensar, me parece que la naturaleza nos presenta mas frecuentemente hermanos semejantes entre sí, que á

sus

sus padres. La semejanza que la naturaleza, como se ha dicho, pretende sellar en los efectos para que se parezcan á sus causas, consiste en trasladar á ellos el complexo de las facciones ó figuras de las causas; y como éste complexo puede variar de muchas maneras, puede suceder que los hijos sean semejantes á sus padres, y que esta semejanza no sea ó aparezca muy clara. La misma naturaleza pretende hacer uniformes todos sus efectos; y por esto, en iguales circunstancias su semejanza debe ser grande. Esta en efecto se ve várias veces en hermanos no solamente gemélos, mas de diversas edades; como yo la he visto en dos Ex-Jesuitas, los Señores Don Diego, y Don Manuel Valdés, sugetos de particular erudicion; y como la habia en dos hermanos de la ilustrísima familia Española de Girón; de quienes habla Torquemada en el primer tratado ú diálogo de su jardín de flores. Los hermanos, que suelen ser mas semejantes, ordinariamente son gemélos; y de estos se han visto algunos tan parecidos en la voz y en toda la figura corporal, que absolutamente eran indistinguibles. Torquemada citado habla de dos gemélos semejantísimos de Segovia; y Weinrichio habla de otros dos de Alemania, que á la vista de su propia madre eran indistinguibles (1). Los gemélos, pues, se conciben en un mismo tiempo; y como en éste las causas obran con las mismas circunstancias y accidentes, los efectos se producen uniformes y semejantes; y lo mismo debia suceder en la generacion de los demás hijos, si no sobrevinieran accidentes é impedimentos que se opusieran al obrar simple y regular de la naturaleza. En los efectos simultáneos de-

be-

(1) Martin Weinrichio: *De ortu Monstrorum*, c. 15.

150 *Historia de la vida del Hombre.*
bemos descubrir el fin de las causas, y su modo de obrar. Si éste fuera invariable, los efectos serian siempre los mismos; y la mayor ó menor semejanza de estos entre sí, descubre la mayor ó menor alteracion que en el obrar tuvieron sus causas. Así, yo he advertido que se suelen parecer los hijos de padres sanos, de buena condicion y armonía; y quando varios hermanos se parecen entre sí, suelen asemejarse algo á sus padres.

La doctrina dada sirve para que de la desemejanza que se ve tan comunmente entre hermanos, infiramos ser naturales en número, y diversidad de alteraciones corporales y mentales en las generaciones humanas. Sirve tambien, para que miremos como efecto natural, la variedad de fisonomías entre millones de hombres, no hallandose apenas uno perfectamente semejante á otro. Si la rara y frecuente combinacion de circunstancias hace que una madre rarísima vez tenga hijos semejantes entre sí, ¿qué semejanza se puede esperar entre hijos de madres diversísimas en la sanidad, en los humores, en los alimentos, y en las pasiones? Todavía porque la naturaleza en general mira á la formacion de individuos semejantes, y porque quizá la fantasía de los que engendran, conspira ó influye algo á la semejanza de ellos, se han visto hombres de diversas madres tan parecidos entre sí, quanto lo suelen ser los gemelos mas semejantes. En tiempo de Augusto Emperador vino á Roma un forastero (dice Suetonio) que se asemejava perfectamente á él: Cayo Bibio (dice Valerio Máximo) era semejantísimo al gran Pompeyo; y Artemon era tan parecido á Antiocho (1), que despues de la muerte

(1) Véase Plinio, que en el capit. 12. del libro 7. ha-

te de éste, le representó vivo. Weirichio citado cuenta, que un tal Martin Guerra fue ajusticiado porque siendo semejantísimo al marido de una muger, engañó á ésta, y habitó algun tiempo con ella, fingiendo que era su propio marido. Este y otros casos, que aunque raros, suceden tal vez, hacen ver que la semejanza (como se dice en el Derecho civil) no prueba absolutamente filiacion de la persona á quien el feto humano se asemeja. Los Juristas proponen un caso, en que se disputa si la dicha semejanza podrá probar la filiacion. Por exemplo, en caso en que una viuda poco tiempo despues de haber muerto su marido se casase con otro, y á los siete ó mas meses despues del segundo matrimonio tuviese un hijo semejante al primer marido. Atendiendo á que la semejanza puede provenir de la rara combinacion de accidentes, y quizá tambien del influxo de la fantasía (cuyo obrar hasta ahora ignoramos), la decision del caso depende del tiempo que pasó desde la muerte del primer marido hasta el nacimiento del infante; y como el tiempo de la preñez es tan vario, puede suceder que una muger á los ocho meses despues de haber muerto su primer marido tenga un infante semejante á él, y que sea hijo del segundo marido; y tambien puede suceder que á los 10 meses de la muerte de su primer marido tenga un infante hijo de él, y algo parecido al segundo marido. La Física (en cuyas leyes los Juristas se deben apoyar) no da luz alguna para la decision de tales casos; y por tanto la buena Jurisprudencia enseña, que para impedir varios incon-

hace relacion de algunas personas semejantes. Gaspar Reyes, que se citará despues, trata tambien largamente esta materia.

venientes que pueden ocurrir, convendría que ninguna viuda se pudiese casar hasta despues de 3 meses de haber muerto su marido.

Entre los efectos de la semejanza de los hijos á sus padres, no he contado las dotes del ánimo; porque éstas dependen inmediatamente del espíritu, que es efecto de creacion divina y no de generacion humana. Se dice comunmente, que de buenos padres nacen hijos buenos. A este proverbio ha dado algun motivo el obrar de la naturaleza, y mucho mas el de la buena educacion, de que comunmente depende la bondad de los hijos. Los padres enfermos y de humores alterados por la vehemencia de las pasiones, suelen tener hijos poco sanos, iracundos, coléricos, &c. y los padres sanos y de humores equilibrados por naturaleza ó virtud (que es poderosísima para refrenar los ímpetus violentos de la naturaleza) suelen tener hijos sanos, y de buena índole. Si á este obrar de la naturaleza se añade el de la buena educacion (que en lo moral no es menos poderosa que la naturaleza en lo físico), se tienen dos fundamentos gravísimos para inferir que de padres buenos suelen nacer hijos buenos. No se puede negar, que por la generacion heredan los hijos muchos achaques de sus padres; mas es difícil explicar, cómo sucede la herencia en algunos casos. La vária calidad de los líquidos del cuerpo humano tiene gran relacion á los primeros movimientos de cólera, ira, concupiscencia, y demás pasiones corporales, que ofuscan algo las luces del espíritu; y por esto no es difícil entender como el vicio de los líquidos de los padres se propaga por el cuerpo de los hijos. Los antiguos, nota Gaspar Reyes, solian curar á estos con anticipacion los achaques que podian haber heredado de sus padres. No sin maravilla se vé que algunos hijos nacen con los vicios orgánicos de sus padres; y que ciertos achaques

ques ú defectos ya pasan de generacion en generacion; y ya ocultos en una generacion se manifiestan en otra, como lo acreditan innumerables observaciones (1). En Plinio leemos (2), que en la familia de los Lépidos con generacion interrumpida faltaba á tres la membrana del ojo; y que Niceo hijo de Padre negro y Madre blanca, nació blanco, y tuvo un hijo negro. Conozco una familia, en la que algunas de diversas generaciones pierden la vista á cierta edad; y otra, en la que todos tienen el mismo defecto en el sonido de la voz. En la provincia de Estremadura conocí dos familias ilustres que se habian emparentado várias veces, y tenian actualmente mudos; y segun la voz de algunos Ancianos, que habian conocido 3 generaciones de las dichas familias, no habian faltado mudos en ellas por tres generaciones. En la ciudad de Cesena he conocido una muger, que en 8 partos ha tenido 3 hijos mudos. En la ciudad de Forlí he conocido una familia numerosa, en la que un hijo sí, y otro no, (así de los varones, como de las hembras) nacen con una mata de pelo blanco en la punta de la frente, en donde tambien la tiene la Madre. Algunos de estos fenómenos bien analizados, dan fundamento para conjeturar que la naturaleza en la produccion de sus efectos obra de un modo que podemos llamar individual, ó propio de todas sus partes.

(1) Vanswieten in Boerhaave, núm. 1075. Lucrecio en el lib. 4. hace mencion expresa de la semejanza de muchos á sus abuelos y visabuelos.

(2) Plinio: *Histor. natur.* lib. 7. cap. 12. Gaspar Reyes trata largamente de los nietos parecidos á sus abuelos en su erudita obra: *Elysius jucundarum questionum campus*, quæst. LIV.

tes. Los mudos son tales, porque son sordos; y así puede suceder que nazcan hijos mudos de madres que abundan de humores malignos ó viciosos de los órganos de los oídos. El vicio de estos puede tambien provenir en los fetos, por sustos y pesadumbres que tengan sus madres en tiempo de la preñez; y así sucedió á la Señora Marquesa de Ovando (y despues, de Santiago) que hallándose embarazada en circunstancias que por órden real debió dar licencia á su hijo el esclarecido Señor Marqués D. Joseph de Ovando, para que desde México viniese á Madrid, alterada con la amargura y dolor de la pérdida de su amado hijo, parió despues una criatura, que por algunos años se creyó muda; y desplegándose bien la naturaleza empezó á hablar á lo último de la infancia.

Los primogénitos no suelen tener (y con razon) la mejor fama de buenos talentos. En el órden natural los frutos primerizos no suelen ser los mas sazoados. No hay madurez en los frutos que provienen de plantas tiernas; ni tampoco sanidad de cuerpo y alma en los primeros hijos de personas que se desposan en edad tierna. Mas á la mala fama de los primogénitos conspira principalmente el comun descuido en darles la educacion debida.

CAPITULO III.

Monstruos humanos.

Hemos considerado la semejanza de los hijos entre sí y sus padres, como un efecto de la naturaleza, que obra segun sus leyes; y de la freqüente y accidental alteracion de éstas, que impiden á la naturaleza lograr el fin que se propone, hemos inferido la verdadera causa de la desemejanza que los hermanos suelen tener entre sí y sus padres. Mas estas

tas alteraciones ¿podrán ser tantas y tales, que viniendo substancialmente el obrar de las causas, lleguen á hacer frustráneo el fin de la naturaleza humana, y los fetos engendrados no sean individuos pertenecientes á su especie? La naturaleza humana siendo la mas perfecta entre todas las naturalezas visibiles, ¿reusará esencialmente el influxo compañero de éstas en la generacion? y si por ventura le admite, como mas noble, ¿prevalecerá en la produccion de los efectos, ó estos participarán de todas las causas que concurren á formarlos? Estas y otras dudas semejantes que resultan de los principios físicos de la semejanza y desemejanza de los hombres, me obligan á exáminar sobre los monstruos, varios puntos curiosos que se expondrán en los siguientes artículos. En la edicion Italiana de esta historia traté de las mismas dudas que propongo en esta Española; mas las resoluciones de las dudas son diferentes en las dos ediciones. La lectura y la reflexion me han hecho conocer, que en la edicion Italiana atribuí á la fantasía demasiado influxo. La persuasion cierta en que hasta ahora me mantengo de ser inexplicable el modo de obrar de la fantasía, no me permitió entonces atreverme á proponer el sistema físico con que he explicado la causa de la semejanza de los hijos á sus padres, y con que explicaré la de muchos monstruos humanos.

ARTICULO I.

Se establecen las causas naturales de la monstruosidad de los fetos humanos disformes.

EL fin la intencion y el conocimiento de la naturaleza, son palabras que no dicen ni explican mas que lo que